



Londres, 9 de noviembre de 2005
Discurso del Presidente Chatham House

Es un gran honor para mí poder dirigirme hoy a todos ustedes. Chatham House tiene fama mundial, y no solamente por su célebre regla. Para mi castigo, en el Parlamento Europeo tengo que velar por la aplicación de unas 204 (doscientas cuatro) reglas y 16 (dieciséis) anexos.

A veces, tengo la sensación de que el trabajo del Speaker de la Cámara de los Comunes es relativamente fácil. Por lo menos, tiene que tratar con una sola lengua. En el Parlamento Europeo tenemos veinte que, en ocasiones, se hablan todas a la vez.

Tenemos 732 —y muy pronto 785— diputados que representan más de 100 partidos políticos, organizados en 7 agrupaciones políticas, y procedentes de 25 —y muy pronto 27— tradiciones parlamentarias nacionales. Los Estados miembros incluso nos han agraciado con tres lugares de trabajo.

Y sin embargo funciona. El Parlamento decide la mayor parte de la legislación. Controla el presupuesto. La Comisión tiene que rendirle cuentas. Y proporciona un foro a las preocupaciones de 457 millones de ciudadanos: más del 60 % de las leyes que adopta afectan a la vida diaria de todos ellos. Complejo, sin duda, pero el Parlamento Europeo es un parlamento que funciona, que es capaz de cumplir.

Señoras y señores:

Quisiera hablarles con toda franqueza de lo que estamos viviendo hoy en Europa.

No todo va bien en Europa. Lo ocurrido en Francia y en los Países Bajos ensombrece el proceso de integración europea.

1. ¿ Por qué la crisis?

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

El «no» en Francia y en los Países Bajos no puede explicarse únicamente con el descontento por la política del gobierno nacional. Los ciudadanos también están descontentos con la Unión Europea.

En Francia se critica duramente a la Unión Europea por seguir el modelo económico «anglosajón». Para muchos partidarios franceses del «no» Europa es demasiado liberal.

En los Países Bajos, cuestiones como Turquía, la inmigración y la contribución neerlandesa al presupuesto de la Unión Europea han sido determinantes para el «no». Y por supuesto, el «no» francés tuvo enorme impacto en el resultado.

¿Qué podemos aprender de estos resultados negativos? Quisiera subrayar brevemente tres puntos.

En primer lugar, los que se oponen a la Constitución no se preocupan especialmente por la arquitectura institucional de la Unión Europea. Cuestiones como la votación por mayoría cualificada, la comitología o la subsidiariedad los dejan indiferentes. Lo que quieren es acción

en favor del empleo, de la seguridad, de la paz. No les interesa tanto saber cómo organizamos nuestro «input», les preocupa mucho más el «output». Por supuesto, lo mismo puede decirse de la política en ámbito nacional.

En segundo lugar, el texto de la Constitución es demasiado detallado. Entender a fondo las complejidades de un documento de 400 páginas lleva su tiempo. La Parte 3 del texto es perfecta para un debate parlamentario, pero no para un referéndum; aunque pienso que los votos negativos se referían al contexto, más que al texto propiamente dicho.

En tercer lugar, la divergencia es grande entre lo que piensan los ciudadanos respecto de la integración europea y lo que creen los políticos. Si la votación se hubiera celebrado en la Asamblea Nacional francesa, el 85 % de los diputados hubiera votado «sí», y estoy seguro de que hubiera ocurrido lo mismo en el Parlamento neerlandés.

Europa no se hubiera encontrado en la posición en que se encuentra ahora.

Precisamente a partir de este tercer punto podemos entender algunas de las razones más profundas de la crisis actual.

La clase política europea, tanto en Bruselas como en las capitales nacionales, incluida Londres, reconoce que Europa es necesaria para hacer frente a los retos de la mundialización económica.

En este nuevo mundo, ninguno de los Estados miembros puede controlar las fuerzas que mueven la economía sin compartir la soberanía y hacer política a escala continental.

Pero la divergencia es enorme entre las percepciones de los líderes europeos y la población.

En el Reino Unido, esta divergencia ha llegado al extremo. Tony Blair declaró en junio ante el Parlamento Europeo que es «un convencido pro europeo», pero la mayoría de los británicos considera que Europa no sólo les crea problemas, sino que ni siquiera es parte de la solución de sus principales preocupaciones.

Éste es el verdadero origen de la crisis: sin el consenso democrático y popular, es inevitable que el proyecto europeo fracase.

2. Superar la crisis

¿Cómo podemos salvar esta divergencia? Quisiera exponer tres aspectos del modo de superar la crisis:

- «comunicando Europa»;
- aplicando con eficacia políticas europeas que respondan a las verdaderas preocupaciones de la población;
- por último, asegurándose de que la Unión Europea ampliada puede tomar decisiones con eficiencia.

2.1 «Comunicar Europa»

Las instituciones europeas hacen lo posible para mejorar la comunicación sobre Europa. La última propuesta de la Comisión, el denominado «Plan D» presentado por la Comisaria Margot Wallstrom, expresa con claridad lo que se necesita: democracia, debate y diálogo.

Como parte de este debate sobre el futuro de Europa, el Parlamento Europeo desempeñará un importante papel en la organización de amplios debates sobre temas como las fronteras de Europa y el papel de Europa en el mundo. El primer debate se celebrará en Viena, el próximo mes de diciembre, poco antes de que Austria asuma la Presidencia de la Unión Europea.

Para preparar las nuevas estrategias de comunicación en Bruselas también se aprovechan las iniciativas de las Presidencias irlandesa y neerlandesa.

Pero, seamos sinceros, la mayor parte de la comunicación sobre la Unión Europea no está dirigida por Bruselas, sino por las capitales nacionales, por los propios gobiernos o por los redactores de lo que, por su contenido, todavía son medios de comunicación muy nacionales.

Permítanme, al respecto, tocar un punto más político, puesto que son los gobiernos nacionales los que, en primer lugar, tendrán que explicar por qué necesitamos Europa.

Para cualquier gobierno siempre es mucho más fácil atribuirse el mérito de las cosas buenas que vienen de Europa y utilizar «Bruselas» como el «coco» que tiene la culpa de todo lo impopular.

Pero esto se tiene que acabar para que Europa no se reduzca a una historieta como la de la curvatura del plátano, ni se convierta en una amenaza para el «banger», el embutido británico.

Esto supone no solamente proporcionar a las instituciones europeas un «espacio de comunicación» en los medios de comunicación nacionales, sino también que los gobiernos utilicen su poder y competencia en comunicación para explicar la Unión Europea a sus propios electores.

El éxito formidable de la Unión Europea no debería reducirse a un secreto vergonzante del que sólo se habla tras las puertas cerradas del edificio del Consejo.

2.2 Aplicación eficaz de las políticas

Está claro que una buena estrategia de marketing es inútil sin un buen producto.

Aquí parte del problema estriba en que la paz, la fuerza motriz que ha hecho la Europa de hoy, ha perdido su capacidad de inspiración: hoy en día, la guerra en Europa es impensable y, en muchos sentidos, la Unión Europea ha sido víctima de su propio éxito.

Además, en los últimos meses, la crisis de los referendos se ha exacerbado debido a la falta de decisiones en ámbitos fundamentales, en particular sobre el futuro presupuesto de la Unión Europea, pero también sobre políticas en las que las decisiones que se adopten serán cruciales para la vida diaria de los ciudadanos: las negociaciones comerciales, la directiva sobre los servicios, la directiva REACH sobre sustancias químicas, la lucha contra el terrorismo.

Política económica y social

La Cumbre celebrada la semana pasada en Hampton Court ofreció al Consejo Europeo la oportunidad de debatir las prioridades de las políticas europeas ante la mundialización. Tuve el honor de participar, invitado por el Primer Ministro, Tony Blair, en todas las reuniones de la Cumbre.

En algunos ámbitos el consenso estaba claro. Espero que una renovada voluntad política se manifieste en la evolución de políticas activas en los ámbitos del mercado laboral, de la energía y de la investigación.

Pero también quedaron claramente de manifiesto las divisiones entre los países que actualmente se benefician de la mundialización y aquellos que temen la creación de una sociedad dividida entre ganadores y perdedores.

Estas divisiones también existen en el Parlamento y explican las enormes dificultades para llegar a un acuerdo sobre directivas como las relativas a los servicios y REACH.

No obstante, deberíamos evitar el pesimismo excesivo respecto de la economía europea y del futuro de su modelo social. Se escriben demasiadas barbaridades sobre el modelo europeo de protección social y sobre una reglamentación excesiva que nos arrastra hacia un futuro de pobreza y decadencia.

Por supuesto, el panorama es complejo: la tasa de desempleo es muy alta y el reto demográfico es real. Pero no olvidemos que:

la economía europea tiene una base relativamente sólida en cuanto a comercio y déficit presupuestario, por lo menos si se compara con la economía de los Estados Unidos. Muchos economistas dudan de que la economía estadounidense sea sostenible, habida cuenta del volumen de la deuda y del déficit, tanto exterior como interior.

Alemania es líder mundial de las exportaciones.

Finlandia y Suecia son las economías más competitivas del mundo.

Francia sigue siendo una gran potencia económica e innovadora.

En los últimos diez años, el Reino Unido ha creado más de dos millones de puestos de trabajo, de ellos un millón en el sector público, sin sombra de crecimiento negativo.

En mi propio país, España, el crecimiento es más fuerte que en los Estados Unidos y en menos de un año se ha creado un millón de puestos de trabajo.

El dinamismo económico de los nuevos Estados miembros, con el apoyo de los Fondos estructurales, podría crear un círculo virtuoso.

Y desde luego que la Unión Europea no es responsable de las actuales dificultades económicas: sólo con el mercado único se han añadido 900 000 millones de euros al PNB, es decir, 6 000 euros por familia.

Tenemos que reconocer, sin embargo, que las políticas fiscal, monetaria y presupuestaria en la zona del euro no están lo suficientemente bien coordinadas. El modelo anglosajón demuestra la importancia de una combinación lograda entre política monetaria y política fiscal.

Los reglamentos son complejos y, sí, hay que simplificarlos, pero no olvidemos que el reglamento europeo simplifica el mundo de los negocios porque sustituye a veinticinco reglamentaciones nacionales por una sola.

Para resumir: sí, la mundialización crea nuevos e importantes desafíos para la sociedad y la economía europeas; sí, se necesitan nuevas políticas y hay que adaptar otras. Pero no caigamos en la trampa de pensar que Europa está fallando o que está destinada a desaparecer.

Lucha contra el terrorismo

Si es urgente la necesidad de que Europa intervenga más activamente en los ámbitos económico y social, es igualmente urgente que actúe en el ámbito de la seguridad.

Hacia sólo siete días que el Reino Unido había asumido la Presidencia cuando en Londres estallaron las bombas, haciendo resurgir el espantoso recuerdo de lo ocurrido en Madrid en 2004.

Europa tiene que luchar contra el terrorismo junto con sus vecinos y socios del mundo islámico, especialmente en el Mediterráneo y en el Oriente Próximo.

También tenemos que luchar contra cualquier síntoma de islamofobia. El mayor éxito del terrorismo sería lograr que, una vez más, Europa se divida por motivos religiosos.

En realidad, una cuestión determinante para el futuro de Europa es su relación con el mundo musulmán, tanto en el interior de la Unión como fuera de ella.

La Asociación Euromediterránea y su nueva Asamblea Parlamentaria, que he tenido el honor de presidir desde el mes de marzo de este año, son una estructura que se puede utilizar para desarrollar esta relación.

La voluntad política puede hacer progresar las políticas incluso en este ámbito. Por ejemplo, antes de finales de este año podría quedar aprobada la propuesta de registrar los datos de los teléfonos móviles por motivos de seguridad.

La Presidencia británica ha convencido a los ministros de Justicia a que procuren la plena participación del Parlamento en el proceso legislativo. Con ello se reconoce la necesidad de establecer el equilibrio entre la firmeza de las medidas de seguridad y el respeto de los derechos civiles.

Después del 7 de julio, la necesidad de demostrar a los europeos que se pueden tomar medidas ha creado la voluntad política de hacerlo. La participación del Parlamento también es una garantía de que las medidas de seguridad se aplicarán con firmeza al mismo tiempo que se protegen las libertades fundamentales.

Perspectivas financieras

Se necesita la misma voluntad política para llegar a un acuerdo sobre la futura financiación de la Unión Europea.

Está claro que el éxito o el fracaso de la Presidencia se juzgarán sobre los resultados de las negociaciones para llegar a un acuerdo sobre este asunto durante la próxima Cumbre de diciembre.

El acuerdo es fundamental para la credibilidad y la eficacia de la Europa ampliada. Sin acuerdo estarán en peligro las políticas de convergencia, crecimiento y empleo de la Unión.

Y serían las regiones menos favorecidas de la Unión las que pagaran el precio de este fracaso.

Observo que con el paso del tiempo aumentan la ansiedad y la confusión. ¿Cómo pueden las regiones elaborar estrategias de desarrollo creíbles si no saben con qué recursos van a contar?

Europa se basa en la solidaridad, en el reconocimiento de que la Unión es un todo que se beneficia de la convergencia de todas sus regiones.

El esfuerzo de solidaridad, que en el pasado fue tan beneficioso para algunos Estados miembros, incluido mi propio país, España, tiene que ampliarse ahora a las regiones de los nuevos Estados miembros.

Asumimos un compromiso con estos países cuando se convirtieron en miembros de la Unión y ahora tenemos que cumplirlo.

Por su parte, el Parlamento Europeo ha hecho su trabajo. El 8 de junio de este año llegó a una posición realista y ambiciosa sobre el futuro presupuesto de la Unión Europea.

Realista porque refleja las dificultades de algunos Estados miembros y ambiciosa porque la Unión tiene que dotarse de los medios necesarios para aplicar las políticas que ha anunciado y prometido.

Rechazamos categóricamente las ideas del denominado «club del 1 %», compuesto por los seis mayores contribuidores netos.

No podemos tener más Europa por menos dinero. No podemos pensar en nuevas ampliaciones sin cumplir nuestros compromisos con los que acaban de adherirse.

Y como protagonista de las últimas ampliaciones y de las futuras, incluida la de Turquía, el Reino Unido es especialmente responsable del cumplimiento de estos compromisos.

Sabemos que esta ampliación incidirá significativamente en el presupuesto de la Unión. Sabemos también, y así se dice, que hasta ahora uno de los mayores éxitos de la Presidencia británica ha sido su intervención en las decisiones sobre la ampliación. Por lo tanto, el Reino Unido tiene que compartir con sus socios una parte de este precio.

El dinero no lo pedimos porque queramos gastar o consumir más. De lo que se trata es de invertir para el futuro, para las prioridades con las que todos estuvimos de acuerdo en Hampton Court, para financiar esa Europa próspera y competitiva que todos deseamos.

Ahora, la pelota está en el campo del Consejo. Pero no habrá acuerdo sin la aprobación del Parlamento Europeo. Queremos un acuerdo a tiempo, pero también queremos un buen acuerdo.

Personalmente, recomiendo encarecidamente a los líderes que se traigan una camisa más para el Consejo de diciembre, y no precisamente porque haga frío o llueva en Bruselas, sino porque la Cumbre podría durar más tiempo de lo previsto. Sospecho que las negociaciones serán largas y difíciles. Es un Consejo que marcará la diferencia para el futuro de la Unión Europea.

2.3 Una estructura de toma de decisiones

En todos los ámbitos mencionados, las verdaderas dificultades políticas para alcanzar acuerdos se han exacerbado porque no existe una estructura de toma de decisiones adecuada para una Europa ampliada.

¿Por qué milagro podemos esperar mejores resultados si seguimos utilizando los mismos métodos? A la opinión pública le interesan los resultados, pero no podemos conseguir resultados si no revisamos los métodos.

La Constitución sigue ahí y tarde o temprano a ella tendremos que volver. Al fin y al cabo, hace cinco años en Niza veinticinco gobiernos consideraron que era necesaria.

Quisiera citar a una persona que todos ustedes conocen mejor que yo: «Es un error creer que Europa no es un tema de actualidad o que la Constitución está muerta». Así decía David Davis en su discurso pronunciado en este mismo lugar el 23 de septiembre.

La que desde luego no está muerta es la necesidad de adaptar nuestro procedimiento de toma de decisiones a las necesidades de la Europa ampliada.

No ha sido ésta la época más fácil de la historia de la integración europea.

Pero no tenemos que precipitarnos. Necesitamos un período de reflexión, pero de reflexión activa. Dejémoslo estar, por ahora. No intentemos hacer retoques ni escoger sólo los mejores elementos.

Conclusión

Señoras y señores:

En Europa, los pro europeos siempre han tenido la tendencia a ser excesivamente pesimistas respecto del futuro. Ya en 1953 Harold MacMillan nos decía que «Europa está acabada, se está muriendo: si yo fuera joven, emigraría a América».

La historia de la Unión Europea es una historia de crisis y de respuestas positivas a las crisis. No hay motivo para creer que ahora es distinto.

Por cierto, hablando de jóvenes que quieren emigrar, otra de las crisis de hoy son los cientos de miles de jóvenes, fuera de Europa, que llaman a sus puertas. Necesitamos a muchos de ellos y tenemos que hacer frente a los difíciles problemas de integración social. El 7 de julio demostró que el modelo británico de integración (Londonistán) tiene problemas, pero los disturbios en Francia demuestran que el sistema republicano francés tampoco es la respuesta.

Pero no olvidemos que dos de los últimos grandes proyectos de la Unión Europea se han llevado a cabo. El primero es que algunos de nosotros, unos 290 millones de personas, llevamos euros en el bolsillo. El dinero es una cuestión de confianza. El euro nos hace compartir esa confianza y nos reúne en la vida diaria.

Si no recuerdo mal, se dijo que el euro nunca aparecería, que su lanzamiento sería un fracaso y que jamás podría funcionar.

Lo cierto es que la fuerza y la estabilidad del euro le han convertido en una importante divisa de reserva. Ha permitido a los Estados miembros capear tormentas políticas y económicas e incluso les ha dado la fuerza necesaria para adoptar posiciones independientes y críticas respecto de los Estados Unidos, por ejemplo a propósito de Iraq. El hecho de disponer de menos soberanía formal nos ha proporcionado mayor capacidad para una verdadera toma de decisiones.

En segundo lugar, Europa está en gran medida reunificada: una tarea gigantesca que comenzó con la caída del muro de Berlín y que aún no ha concluido.

El próximo proyecto para Europa, y su mayor desafío, es lograr que los líderes europeos estén a la escucha: a la escucha y a la altura de las expectativas de los ciudadanos europeos.

Hasta hace poco tiempo, la Unión Europea se iba construyendo por «consenso permisivo». En general, se aceptaba el hecho de que una élite construyera Europa. Pero esos métodos de construcción europea ya no son ni válidos ni aceptables.

Si somos capaces de prestar atención a la preocupación de los ciudadanos respecto del empleo, del medio ambiente, de la inmigración y de la lucha contra el terrorismo, podremos avanzar.

Este diálogo europeo debería aclarar, profundizar y democratizar un consenso europeo, responder a las críticas y encontrar soluciones cuando las expectativas no se hayan satisfecho.

Pregunto, señoras y señores, ¿qué tiene que hacer Europa para volver a conectar con los europeos?

En primer lugar, tenemos que establecer el marco financiero para los próximos siete años con el fin de que la Unión pueda aplicar sus políticas y satisfacer sus ambiciones.

Tenemos que lograr el equilibrio entre la seguridad y la protección de las libertades civiles y de los derechos humanos.

Tenemos que adaptarnos a la emergencia de China y de la India, sin dejar de reconocer la contribución que la diversidad de modelos sociales europeos aporta a la economía europea.

Tenemos que continuar la labor para completar el mercado interior, incluido el de los servicios, evitando el dumping social. El reciente litigio entre Suecia y Letonia (Laval-Vaxholm) es un caso ejemplar de las dificultades que esto implica.

Tenemos que mantener y desarrollar nuestra capacidad de acción colectiva fuera de la Unión Europea para el mantenimiento de la paz y la ayuda en caso de catástrofe, pero también en las negociaciones internacionales sobre comercio, cambio climático y reforma de las Naciones Unidas.

Pero lo más importante de todo es que Europa tiene que ser capaz de estar a la escucha de los problemas de sus ciudadanos y de tomar medidas eficaces para resolverlos.

Como decía el físico y poeta estadounidense Oliver Wendell Holmes, «el terreno de los conocimientos es hablar y el privilegio de la sabiduría escuchar».

Todos los europeos deberían tenerlo en cuenta. Pero el Parlamento Europeo, como tribuna de los ciudadanos, es quizá la institución europea más indicada para dar algunos de los primeros pasos en esta nueva dirección.

Gracias por su atención.

FONT: Parlement Europeu